

La prensa hoy y hace treinta años

HUMBERTO MUSACCHIO*

Después de una larga noche, de una historia marcada por estos casi épicos y frustraciones sin cuento, desde 1994 los mexicanos de hoy sabemos bien a bien qué significa la libertad de expresión. Es cierto que no ha desaparecido la vieja relación entre prensa y poder, que subsisten las presiones contra los medios y los periodistas, que siguen presentes las prácticas indecorosas y que grandes partidas presupuestales se destinan al beneficio de quienes sirven al poder en el campo de la información y la opinión. Todo esto está ahí. Forma parte del México que se niega a irse, pero lo cierto es que un periodismo nuevo se abre paso y dispone de espacios cada vez mayores.

...

Esa libertad de expresión que hoy tenemos es el feliz resultado de una paradoja, pues se la debemos tanto a la insurrección zapatista de 1994 como a la conciencia cívica y pacifista que entonces se impuso sobre la violencia; es producto de las concesiones que, obligado por las circunstancias, hizo en su último año el salinato; pero es también producto del movimiento social, de la creciente toma de conciencia de los mexicanos sobre sí mismos y su realidad.

Para llegar hasta esta libertad, que por cierto no usan todos los periodistas ni todos los medios, fue necesario pagar un alto precio. El mayor y más doloroso, el homicidio de decenas de colegas, entre otros el que tuvo como víctima a don Manuel Buendía en 1984, que fue un crimen de Estado, como bien lo sabemos ahora, pese a que infinidad de cosas en torno de aquel asesinato estén oscuras.

* Escritor y periodista. Autor del *Diccionario Enciclopédico de México y México: Ciudad Quebrada*, entre otros. En el diario *Reforma* publica la columna semanal "La república de las letras"



Para arribar a esta opción que hoy tenemos de informar con amplitud sobre cualquier tema y de opinar sin cortapisas en los medios de vanguardia —que no en todos—, debimos presenciar el renacimiento de *Excélsior* y luego los hechos vergonzosos, a los que no es ajeno Luis Echeverría, y que culminaron en ese diario, el 8 de julio de 1976, con la expulsión de cientos de periodistas encabezados por Julio Scherer. Tuvo que crearse, con el apor-



te de muchos mexicanos, el ahora indispensable semanario *Proceso*. Tuvieron que vivirse los buenos años de *Unomásuno*, la quiebra moral de ese periódico y en 1984 la fundación de *La Jornada*, otra vez con el aporte y el cobijo de una sociedad que demanda saber lo que ocurre en México y en otras partes. Tuvo que madurar *El Financiero* y nacer *Reforma*, tuvo que producirse la desgracia de los sismos de 1985 para que la radio cobrara conciencia de sus posibilidades y empezara a usarlas, en un proceso contradictorio que no acaba de resolverse.

En el camino que nos ha traído hasta este momento, uno de los cuatro con mayor libertad de expresión en la historia de México, hemos dejado atrás episodios bochornosos, como el intento de José López Portillo de asfixiar a *Proceso* y otras publicaciones con su divisa de que no pagaba para que le pegaran, esto es, con la convicción de aquel presidente de que el gobierno paga precisamente para que no le peguen.

Si se trata de evaluar qué tan largo es el trayecto que nos ha traído hasta aquí, cabe recordar lo que era nuestro oficio en los años sesenta. Un hombre que en toda su vida profesional llevó el ejercicio de la libertad de prensa hasta el límite permitido por el poder y frecuentemente más lejos, don José Pagés Llergo, decía en 1966 a un grupo de jóvenes egresados de la carrera de periodismo:

«Me pregunto qué ejemplo valedero puedo invocar y qué enseñanzas elevadas podría dictar, cuando ni las manos ni las conciencias de mi generación están limpias. Porque hemos doblado las espaldas y hemos hincado las



rodillas ante el altar donde presiden los signos más reverenciados de nuestro tiempo, allí donde el poder y el dinero se levantaron en símbolo para ocupar el lugar de Jesucristo. Porque hemos claudicado de la dignidad en beneficio de satisfacciones primitivas y porque nos hemos hecho insensibles al dolor del pueblo, en cuyo nombre pretendemos ejercitar un derecho del que no somos dignos del todo... Oscilamos entre el halago abyecto y la censura irresponsable...»

Quien se asome a la prensa de 1968 hallará muchas y muy diversas comprobaciones de lo dicho por el viejo maestro. Recientemente, Jacobo Zabludovsky, quien en aquel año invariablemente presentó a los estudiantes como delincuentes, declaró a *La Jornada* que no se podía informar de todo porque de la Presidencia de la República «llegaban la petición, la orden, para influir en determinadas informaciones». Para ilustrar los extremos a los que llegaba la injerencia oficial, Zabludovsky narró que el presidente Gustavo Díaz Ordaz le reclamó telefónicamente que la noche del 3 de octubre apareciera ante las cámaras de corbata negra. Era un caso de evidente paranoia, pues todas las noches Zabludovsky salía a cuadro con corbata negra, pero el poderoso, cuando se siente amenazado, suele desconfiar de todo y de todos, empezando por sus amigos.

Es obvio que el ocultamiento informativo y el falseamiento de los hechos, más que resultado de la censura directa, eran producto de la autocensura, explícitamente recomendada por Gustavo Díaz Ordaz, quien ya en 1966, durante la comida llamada de «la libertad de prensa»,



decía a dueños y directores de medios que «antes de dar una noticia a la publicidad, (debían) pensar siempre si sirve o no a la verdad, si ayuda a la concordia de los mexicanos o aumenta sus rencores... si tiende a resolver problemas o a agravarlos... si contribuye a la urgente necesidad de la paz o a desatar violencia».

En este día, agregaba aquel ser oscuro y sanguinario, «reafirmo mi creencia de que sea dentro del propio periodismo en donde deban buscarse y encontrarse los medios para evitar que el ejercicio de esta noble profesión degenerare o afecte los intereses de terceros, de la sociedad o de la patria entera... Pensamos que las limitaciones a la libertad de expresión que nuestro código fundamental marca, deben partir esencialmente de la conciencia del propio periodista y de su valía moral; él sabe muy bien lo que invade la vida privada, lo que lesiona el justo orden público y lo que perjudica a la nación; el debe ser actor y juez en la aventura diaria de informar al pueblo «.

Por supuesto, aquel megalómano ignoraba la vieja divisa periodística de que las buenas noticias no son noticias. Pedía «que no sepamos nada más en México de los desórdenes y de los crímenes... que sepamos -pedía- al lado de esas informaciones dolorosas, de las luminosas, de los aciertos, de las realizaciones, de los pasos dados en el sendero del progreso».

Quería, no periodismo, sino propaganda. Por eso, cuando *Contenido* publicó un reportaje que exhibía las lacras del PRI, la revista, que ya había sido enviada a los suscriptores, no pudo llegar a los puestos de periódicos,



pues el gobierno consideró inaceptable lo que decía. Más drástico fue el zarpazo contra el *Diario de México*, que dejó de publicarse por el resto del sexenio debido a que un desgraciado cambio de pies de fotos ofendió a su majestad el Presidente de la República. Igualmente, una y otra vez se trató de impedir la salida de la revista *Política*, de Manuel Marcué Pardiñas, quien denunció sin descanso innumerables atropellos que incluían «sobornos, coacciones, amenazas, bloqueos económicos, negativas para obtener el papel mediante su pago, inquisiciones policiacas, amedrentamiento pertinaz de los colaboradores, escritores, editorialistas y de los trabajadores de talleres».

En los años sesenta el autoritarismo vivió su momento estelar. La autocensura era la norma que alegremente aceptaban dueños y directores de los medios, seguros de que eran criados de la autoridad, pero también una extensión del poder. Además, la práctica de la autocensura les redituaba muy generosas recompensas en dinero, impunidad y otros beneficios, como nuevas concesiones a los empresarios de radio y televisión.

Los medios de comunicación, habituados a caminar de espaldas al país, durante el movimiento de 1968 chocaron con la sociedad. La radio de entonces no tenía mayor importancia noticiosa, pero sus pocos espacios informativos se ciñeron también al interés político del gobierno. Con los medios escritos ocurrió lo mismo. El movimiento fue la prueba de fuego para *El Día*, el gran periódico de los sesenta, y salió reprobado pese a que en sus páginas se publicó la mayor parte de los despla-



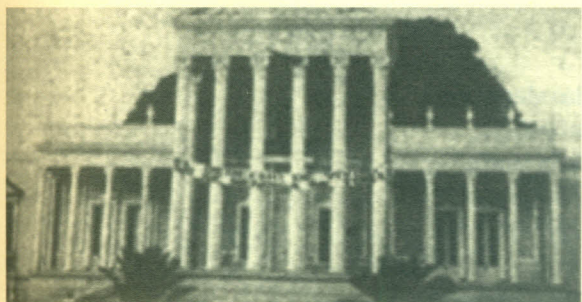
gados y fue ahí donde el movimiento tuvo su mejor reflejo, aunque al final su director prefirió la ignominia de acatar las órdenes gubernamentales y ahí liquidó la credibilidad de ese diario.

Contra lo que se dice, *Excélsior* no fue un periódico que simpatizara con el movimiento. Julio Scherer asumió la dirección en agosto, pero la organización interna se mantendría mucho tiempo en manos de periodistas formados por la generación de los hermanos Borrego, propagandistas del nazismo, oficiantes de un anticomunismo feroz, caracterizados por una repulsa zoológica hacia toda protesta popular y siempre dispuestos a ver y presentar la información con las antiparras del macartismo. Por lo demás, Scherer distaba de simpatizar con la izquierda y con todo lo que oliera a comunismo. En las páginas editoriales de *Excélsior* que él dirigió no hubo marxistas y todavía hoy condena a los huelguistas de 1966 en la UNAM, incapaz de entender que más allá del bochornoso acto en que los pistoleros priístas obligaron al rector Ignacio Chávez a renunciar, había razones profundas que desataron el proceso de reforma universitaria.

El resto de la prensa actuó de manera vergonzosa, con frecuencia censurando el trabajo de los reporteros. Des-

tacaron en aquella sucia tarea dos diarios: *El Heraldo* y *El Sol de México*, los dos primeros cotidianos en color, ambos nacidos en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz y bajo su padrinazgo. Del grado extremo de servilismo al que llegaron algunos directores en aquellos días es muestra elocuentísima la carta que dirigió en septiembre al presidente Díaz Ordaz el dueño y director de *El Heraldo*, Gabriel Alarcón. Ahí le dice: «Por muchos lados se nos ha criticado nuestra parcialidad y entreguismo, pero le ratifico a usted que hemos sido, somos y seremos Díaz Ordacistas y agradecidos leales y sinceros con usted. Sin embargo, mucho le agradeceremos que si usted personalmente cree que nos hemos equivocado, por favor nos lo haga saber. Señor presidente: nos sentimos en un cuarto oscuro y solamente usted nos puede dar la luz que necesitamos y señalarnos el camino a seguir».

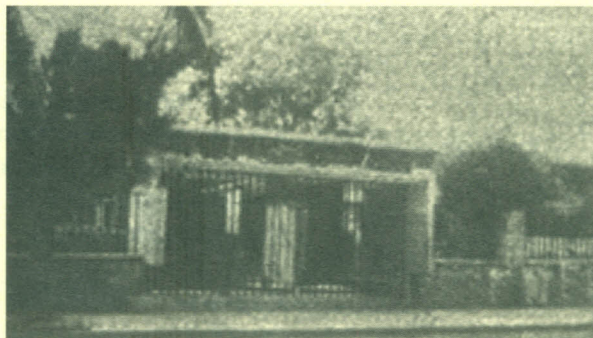
Cualquiera diría que esa abyección no podía ser igualada. Sin embargo, en junio del año siguiente, en la comida del día de la libertad de prensa, Martín Luis Guzmán, director del semanario *Tiempo*, en nombre de los dueños y directores de periódicos, dijo: «La conducta general de la prensa de México ha venido respondiendo positivamente a las normas y deberes periodísticos codificados por el señor presidente de la República».



Más adelante hizo un relato del comportamiento de la prensa en 1968 y dirigiéndose al codificador de la conducta periodística, expresó: «Lo felicitamos a usted, señor; y si, efectivamente, en algo fallamos a esa hora, lo lamentamos sin la menor reserva».

Esa era la prensa mexicana en 1968, esos sus dueños y directores. Pero curiosamente, si en 1968 tocó fondo el sometimiento, a partir de ahí empezaría a forjarse una nueva conciencia entre los periodistas mexicanos, varios de ellos sobrevivientes de Tlatelolco, otros, profesionales empeñados en dignificar su actividad. Las estaciones de este tránsito han sido numerosas y la evolución desesperadamente lenta, con retrocesos ocasionados por la arbitrariedad del poder y aun por nuestra incapacidad para levantar casas bien construidas, capaces de soportar la agresión de autoridades despóticas y de mantener a raya el individualismo y la ambición mezquina.

Pese a todo avanzamos, pero es lamentable que el grueso de los periodistas, sin órganos colegiados, sin la cohesión que da un sindicalismo fuerte, también hayamos retrocedido en otro aspecto: el de la propiedad de los medios en que trabajamos. Desapareció la cooperativa que editaba *La Prensa* y otras están en proceso de extin-



ción. Se traicionó el carácter comunitario de *Unomasuno* y hoy *La Jornada* dista de ser la sociedad de iguales que imaginamos sus fundadores.

El neoliberalismo ha carcomido numerosas empresas periodísticas y ahora decidió suprimir de un manotazo *El Nacional*, fuente de trabajo de 300 compañeros, lo que es decir, medio de vida de 300 familias. Laboral y organizativamente, los periodistas no vivimos un buen momento ni el periodismo se halla en el cenit. Los procesos computarizados han generado desempleo, la desaparición de numerosas categorías de trabajo y una sensible baja en la calidad y el acabado de los periódicos.

Vivimos los periodistas atezados por numerosos problemas laborales, jurídicos y técnicos. Sin embargo, hoy tenemos una libertad de expresión impensable hasta hace muy pocos años. El hecho de que muchos medios prefieran no emplear esa libertad para beneficio de lectores y auditorios, no la hace menos importante, aunque las autoridades se niegan a abrir las fuentes informativas y esta es la hora en que bien a bien no sabemos cuánto gana un funcionario, qué tanto se enriquece en el poder y a quién benefician los dineros públicos, como lo ha revelado el escándalo del Fobaproa.

Nos aguardan grandes batallas a favor de la libertad conquistada y parece llegado el momento de reflexionar sobre lo que nos espera en el siglo XXI. Los otros tres momentos de una amplia libertad de expresión han terminado con la cancelación brutal de esa libertad como resultado de golpes de Estado. Evitar que algo semejante vuelva a ocurrir es responsabilidad de cada periodista, de los medios, de los partidos y de los gobernantes.

...